

HAITÍ: LA OTRA ISLA

Las casas de Bmalkeh pueden contarse desde el aire. El pueblo está en una curva cerrada de la carretera que conecta el puerto sirio de Tartus, en la costa este del Mediterráneo, con el distrito de Khirbal-al. Viven allí 1.500 personas y cinco casas tienen piscina. Las casas con piscina fueron construidas por la diáspora que, solo entre Venezuela y Haití, equivale a más de la mitad de la población del caserío: 400 emigrantes de este pueblo de Siria viven en Caracas y 200 en Puerto Príncipe. Otros 170 viven en las islas caribeñas Martinica, Santa Lucía y Guadalupe.

La gente de Bmalkeh comenzó a llegar a Haití a mediados del siglo XX, al tiempo que cientos de haitianos huían de la isla hacia Estados Unidos, Canadá y África, esparcidos por la dictadura de François «Papa Doc» Duvalier. Individuos de espíritu gregario, este grupo de sirios es en Haití una comunidad homogénea, selecta, solidaria, próspera, dueña de restaurantes, supermercados, zapaterías, concesionarios de autos, que ha comenzado a unirse en matrimonio con la alta sociedad haitiana. Desde hace diez años, los bmalkehenses de Caracas también han comenzado a emigrar a Puerto Príncipe, porque en Venezuela los negocios no andan bien y en Haití sí; especialmente después del terremoto del 12 de enero de 2010, que en unos pocos segundos se tragó a unas 300.000 personas y dejó a su paso una tierra más árida de lo que era, solo fértil para la caridad y los negocios, mucho más de lo que ya era. «Por supuesto que en Puerto Príncipe vivimos mucho mejor que en Caracas. Yo pasé muchos malos momentos allá, me atracaron mucho, siempre vivía con miedo. Tenemos grandes comodidades acá. Tenemos cinco muchachas de servicio en la

No todo es miseria en Haití. Tras el terremoto de 2010, que derrumbó las casas de millón y medio de personas y mató a otras 300.000, Puerto Príncipe se ha convertido en tierra atractiva para los negocios de servicios, importaciones, banca y construcción. El dinero de la caridad financia más del sesenta por ciento del presupuesto de este país que ya era, mucho antes del sismo, el epicentro de la pobreza occidental.

MAYE PRIMERA

casa. Tenemos enfermera 24 horas para mi hija de seis meses. Toda la familia vive cerca. Mi esposa está relajada. Es mucha la diferencia».

Manhal Ibrahim es nieto de Jacobo Suliman: uno de los primeros hijos pródigos de Bmalkeh que entre los años 1945 y 1946 emigraron a Venezuela. Manhal se fue del pueblo cuando tenía 24 años y ahora tiene 38. Su primer destino fue Caracas. Y luego de tres asaltos a mano armada, de una devaluación que duplicó en 24 horas la hipoteca del negocio de shawarmas que tenía en el centro de la ciudad y después de respirar gases lacrimógenos en la sala de su apartamento cada vez que había protestas, decidió, en 2005, emigrar a Puerto Príncipe. Manhal es ahora dueño del restaurante View: terraza-mirador de 180 cubiertos que funciona en el séptimo piso del Complexe Belvédère, en la esquina que hacen la rue Chavannes y la rue Clerveaux de Pétiou Ville, el distrito más caro de la zona metropolitana de Puerto Príncipe. View abrió sus puertas veinte días antes del terremoto, el 19 de diciembre de 2009, y volvió a cerrarlas veinte días después. Con el temblor, no había

comida, agua ni electricidad para trabajar y se vino al suelo la bodega de vinos importados; pero la estructura del local, en el que Ibrahim invirtió 220.000 dólares, se mantuvo intacta. Dos meses después, en abril de 2010, todo estuvo listo para el relanzamiento del restaurante. «En menos de un año recuperamos la inversión. Gracias al terremoto, paradójicamente, el negocio dio frutos mucho más rápido de lo que esperábamos».

Es un viernes de octubre de 2011, de noche, y todas las plazas en View están copadas. Quienes no reservaron se anotan en una lista de espera de hasta hora y media. Una tropa de camareros haitianos, vestidos de camisa blanca y delantal negro a rayas, que hace juego con la corbata, atienden las mesas atestadas de diplomáticos, funcionarios de Naciones Unidas, periodistas, cooperantes, activistas de organizaciones no gubernamentales y alguna que otra familia haitiana con el árbol genealógico enterrado en el siglo XIX. En View se sirve el pescado grillado del día por 22 dólares, el risotto de mariscos por 26, la langosta según el peso, una copa de coñac Courvoisier

Maye Primera, periodista, corresponsal en Caracas del diario *El País* (Madrid).

por doce dólares y el café nespreso por cuatro. Los filetes de carne y de salmón, y los vegetales frescos han llegado a los platos desde Miami, en uno de los vuelos chárter de American Jet, que dos veces por semana abastece las neveras del restaurant. Cinco cocineros peruanos y ocho ayudantes haitianos lo preparan todo tras el ventanal que da a las poltronas del bar. «Capresa», «Filet mignon», «Aperitifs», «Salat», pide el chef en lengua de recetario. Han trabajado juntos durante casi dos años. Ni los peruanos de la cocina hablan francés o creole, ni los haitianos hablan español, pero se entienden.

Fuera del edificio Belvédère monta guardia un contingente de cascos azules de Nepal, armado de fusiles. Los soldados nepaleses solían estar acantonados en la Petite-Riviere de l'Artibonite, a un par de horas de distancia de la capital, donde corre un río ancho que surte de agua a todos los pueblos del departamento. En noviembre de 2011, los nepaleses fueron trasladados de urgencia a la capital, cuando en el poblado de Saint Marc —el segundo más grande del Artibonite— estalló el primer caso de una epidemia de cólera que se extendió como una llama por toda la isla y hasta junio de 2012 ha matado a 7.200 personas. Se dijo entonces que fueron los soldados nepaleses los que contaminaron con mierda el río. Se dijo que fue una empresa relacionada con la esposa del presidente de entonces, René Preval, la que lanzó la mierda al río. Se dijo que unos brujos regaron polvos malignos para incubar el cólera en el río. Comoquiera que haya sido, entre octubre y diciembre de 2011 hubo en el departamento del Artibonite violentas protestas callejeras contra los cascos azules de Nepal, quienes, a riesgo de ser linchados, fueron evacuados de urgencia hacia la capital. Ahora es viernes por la noche y una decena de ellos monta guardia en la planta baja del edificio Belvédère, mientras arriba, en la terraza de View, termina su cena algún comandante de la misión de cascos azules de Nepal.

Sí hay negocios que prosperan en Haití: las importaciones, la banca, las telecomunicaciones, los servicios. Queiriéndolo o no, crecen todos a expensas de los dos grandes motores de la economía local: las ayudas internacionales y las remesas que envían los haitianos de la diáspora. Son negocios que viven de la renta.

La ayuda internacional financia más del sesenta por ciento del presupuesto público, que para el año 2012 es de 121.000 millones de gourdes: 3.000 millones de dólares. El otro cuarenta por ciento proviene de los ingresos tributarios; sobre todo, los impuestos que dejan las importaciones al pasar por la aduana de Puerto Príncipe. Porque en Haití, que no produce nada, se importa todo; alimentos, en especial: el ochenta por ciento del azúcar, el setenta por ciento de la leche, hasta los abarrotos del restaurante View y la mercancía que expenden los sirios de Bmalkeh en sus supermercados. La dependencia de la caridad comenzó mucho antes del terremoto, en los años ochenta del siglo XX: cuando Haití comenzó a ser considerado un problema humanitario del hemisferio.

Haití ya era el epicentro de la pobreza occidental, cuando el 12 de enero de 2010 fue golpeado por un terremoto de 38 segundos y siete grados de intensidad en la escala de Richter. Más del sesenta por ciento de los niños nacían anémicos, como sus madres anémicas. Y en los seis primeros meses de vida, miles de esos niños sufrían de una desnutrición tan crónica que restringió de por vida su capacidad para moverse y aprender.

Haití ya era esta tierra arrasada, seca, semidesértica. Sus bosques ya habían sido talados y quemados para la prosperidad de los empresarios del carbón. Puerto Príncipe, desde hacía mucho, había dejado de oler a mar. Ya era esta capital opaca, hedionda a aguas negras por las mañanas, a leña por las tardes

y a plástico quemado por las noches. Congestionada por los buses escolares americanos de segunda mano, nublada por el polvo y la basura que arde.

Los haitianos ya creían en el vudú: la amalgama sincrética que usaron los esclavos africanos durante todo el siglo XIX para adorar a sus dioses, disfrazándoles con el rostro de los santos cristianos. Ya las dictaduras de François Duvalier y su hijo Jean Claude se habían servido del vudú para dominar, para pretenderse *hougans*: sacerdotes capaces de conceder la gracia de la vida a los benditos o castigar con la muerte a quienes merecieran su maldición. Las milicias duvalieristas —los leopardos, los *tonton-macoutes*— ya habían asesinado y torturado a miles de haitianos que se opusieron al régimen, no con el vudú sino con sus pistolas y machetes.

Con la caída del duvalierismo, en 1986, comenzaron a llegar a la isla cientos de organizaciones no gubernamentales para hacer labor humanitaria y promover programas de desarrollo. En enero de 2010 se convirtieron en miles. Desde el momento en que la tierra se abrió, brotaron de todas partes las organizaciones de samaritanos, de evangélicos, de electricistas, de cien-

Millón y medio de haitianos que viven en el exterior envían a sus familiares unos 1.500 millones de dólares anuales: el equivalente a la mitad del presupuesto del país y al veinte por ciento del producto interno bruto

ciólogos, de almas bien intencionadas que prometían curar a los heridos con solo posar energía sobre sus cabezas, de abogados que tramitan adopciones de niños huérfanos, y de los que no lo son, por 12.000 dólares. Durante los meses que siguieron al terremoto, se dijo, había más de 12.000 organizaciones no gubernamentales trabajando en Haití. Pero ni el presidente René Preval, que gobernaba el país entonces, sabía cuántas eran realidad, qué venían a hacer ni cuándo se irían.

Los pobres —alrededor del ochenta por ciento de la población— lo son cada vez más; y las pocas familias ricas de Haití (un dos por ciento), también. Su prosperidad depende de establecer contratos con el gobierno y con las organizaciones no gubernamentales, para importar alimentos, manufacturas o maquinarias, o brindar servicios; de participar en el prometedor sector de las telecomunicaciones haitianas, donde hoy se pelean el mercado cuatro grandes empresas; o de manejar con la banca los depósitos del Estado y las remesas.

La otra mitad del dinero líquido que corre por las calles la aporta la diáspora: millón y medio de haitianos huyeron de la isla en tres oleadas: durante la ocupación norteamericana, durante el duvalierismo y a finales de los años sesenta, en la emigración de los *boat-people*. La mayoría vive entre República Dominicana, Estados Unidos y Canadá. Envían a sus familiares unos 1.500 millones de dólares anuales: el equivalente a la mitad del presupuesto del país y al veinte por ciento del producto interno bruto. En cada esquina de Puerto Príncipe hay una oficina de Western Union o de Money Gram, que hacen circular ese dinero fresco.

Puerto Príncipe es una ciudad más cara después del terremoto. La inflación se ha disparado: de números negativos en 2009 aumentó a diez por ciento después del sismo. Milton —27 años, emigrado panameño, desempleado, casado con una haitiana— pagaba 80.000 gourdes (2.000 dólares) por la renta de una casa de un cuarto, sala y cocina, antes del temblor. Seis meses más tarde comenzaron a cobrarle 120.000. Milton no tiene opción, porque para su presupuesto no hay demasiada oferta

inmobiliaria de donde elegir. Para los voluntarios de las ONG sí hay residencias de todos los tamaños.

«Si ya era difícil para los haitianos conseguir una casa en Puerto Príncipe, ahora lo es más. Mucha gente de clase media ha preferido mudarse a un lugar más pequeño para alquilar sus casas a los voluntarios de las ONG y cobrar una renta fija en dólares», dice Alain Gilles, vicerrector de asuntos académicos de la Universidad de Quisqueya. El desembarco de las ONG, con sus viáticos en dólares, dice Gilles, ha distorsionado aún más la economía de la isla.

Haití es también un territorio ocupado por las tropas de Naciones Unidas desde febrero de 2004. El día 28 de ese mes, de ese año, el presidente haitiano Jean-Bertrand Aristide, pastor salesiano y primer presidente electo en votaciones libres y universales, fue expulsado del país por un golpe de Estado. A las 2:15 de la madrugada, Aristide envió por fax su carta de renuncia a la embajada de Estados Unidos en Puerto Príncipe y la embajada se encargó de hacer los arreglos para que el presidente partiera esa misma mañana, en un Boeing 707, al exilio, a Sudafrica. El día 29, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó el despliegue de una Fuerza Multinacional Provisional (FMP) en la isla. La Fuerza Armada de Haití fue deshabilitada. Semanas más tarde, la FMP fue sustituida por la Minustah: la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización de Haití, que llegó con sus soldados, sus policías y funcionarios para quedarse seis meses, con la meta de ayudar al gobierno local a construir «un entorno seguro y estable en el que se pueda desarrollar el proceso constitucional y político de Haití». Ocho años más tarde, la Minustah sigue trabajando en ello y no tiene fecha definida para irse.

Entre los 57 países que enviaron sus soldados y policías a resguardar el orden, el Estado de derecho, las elecciones libres, los derechos humanos y garantizar el desarme en Haití están Burkina Faso, Burundi, Camerún, Chad, Costa de Marfil, Egipto, Rusia, Guinea, Jordania, Kirguistán, Madagascar, Mali, Nepal, Níger, Nigeria, Pakistán, Ruanda, Serbia, Sierra Leona, Sri Lanka, Togo, Turquía y Yemen. Estos, entre otros Estados, durante la última década han enfrentado problemas con respecto al resguardo del orden, el Estado de derecho, las elecciones libres y los derechos humanos, y aún dirimen uno que otro conflicto interno —violencia nacionalista, secesionismo— por medio de las armas.

Las tropas y las patrullas se renuevan. Los uniformados que han servido hasta por un periodo de dos años en alguna misión de Naciones Unidas —en Congo, Líbano, en Chipre, Kosovo, Sudán, Liberia— son enviados a casa. Cuando reciben el boleto de regreso, muchos de los que han servido en Haití preferirían no volver al lugar de donde vinieron.

Cada vez hay más policías de Naciones Unidas, de los que viven en el Apart-hotel Tropical del número 79 de la rue Faubert de Pétiion Ville, interesados en aprender a bailar salsa. Daniel Fombrun —dueño del hotel, mulato cincuentón de perfilados rasgos— construyó una terraza donde tres veces por semana se imparten lecciones privadas de baile, con los dólares que ha ganado alquilando apartamentos y habitaciones a periodistas, funcionarios de la ONU y policías durante los meses siguientes al terremoto. «Un, deux, trois... back... flip-flap» indica en francés el maestro haitiano a sus discípulos turcos, franceses, croatas, mientras suena al fondo *Pal bailador*, en la voz del colombiano Joe Arroyo:

Tienes que apretar la caña / tienes que mover la espalda / y la colita como zán-ga-no / Y un pasito tun tun / ae / Y otro pasito tun tun / ae.

Los policías —hombres y mujeres— se esmeran en aprender los pasos para ir a mostrarlos en las pistas de baile de Pétiion Ville: en las «noches caribeñas de los jueves» del restaurant Quartier Latin, en el solar del *latin-dancing-club* Almendra, en el Extreme Club y en los bares Jet Set y Barak, donde hay carteles que piden a los clientes no entrar con sus armas.

«Haití es una isla y estamos todos aquí para disfrutarla. La gente siempre necesita disfrutar. Ellos trabajan muy duro, de la noche a la mañana, y los fines de semana salen todos a divertirse. Bailar es una actividad que puede ayudarlos, es un buen ejercicio», dice el maestro de salsa. Todos trabajan para la Minustah. Edwens Volcy, así se llama el maestro, tiene cuatro empleos y

En Haití, que no produce nada, se importa todo; alimentos, en especial: el ochenta por ciento del azúcar, el setenta por ciento de la leche...

ninguno. Durante el día repara computadores. En las tardes pone música en Tempo Plus, la escuela de Pétiion Ville donde él, en 2004, aprendió a bailar salsa, pasodoble y chachachá. A veces traduce, del inglés al francés, para los extranjeros. Tiene 24 años y nunca ha tenido un trabajo fijo. «No es tan fácil conseguir, tienes que conocer a alguien». Él conoce a sus alumnos, les ha dado copia de su currículum a varios para ver si alguno le consigue una plaza en una de las agencias de Naciones Unidas.

El desempleo en Haití se calcula en setenta por ciento. A las puertas de Log Base, la base principal de Naciones Unidas en Puerto Príncipe, al lado del aeropuerto Toussaint L'Overture, decenas de haitianos con sobres amarillos en las manos esperan cada día, bajo el sol, que alguien reciba su currículum. Se ofrecen como choferes, personal de limpieza, traductores. Vuelven a casa con el mismo sobre en las manos.

En la terraza del Apart-hotel Tropical termina la clase. Los policías se lavan el sudor con un baño, visten de nuevo el uniforme y la pistola, y se despiden.

Giorgio es uno de los que creen que el terremoto del 12 de enero de 2010 fue un castigo de Dios. «No fue culpa de los norteamericanos, ¿sabe? Los haitianos hemos hecho mucha cosa mala», dice. De modo que cuando el cielo arrojó su furia sobre la tierra de Haití y molió iglesias y desmoronó casas y arrasó escuelas durante 38 segundos contados a partir de las 4:53 de la tarde, Giorgio tuvo temor de Dios y corrió a refugiarse en las montañas llevando consigo a las 17 mulatas que trabajaban para él en el Club Saxo: el burdel de dominicanas mejor cotizado de la comuna alta de Pétiion Ville que, gracias a la providencia, no sufrió daños de consideración.

Lo que quedó abajo, en el centro de Puerto Príncipe, era el infierno: cuerpos tapiados bajo los escombros, cuerpos hinchados en medio de las veredas, cuerpos quemándose en las esquinas, cuerpos vivos errando como muertos, el olor insoportable, el llanto por miles de muertos y una nube espesa de polvo envolviéndolo todo. Con el paso de los días, las plazas y rotondas de Pétiion Ville comenzaron a poblarse de campamentos para damnificados; y las casas de alquiler y los hoteles de la comuna que aún quedaban en pie, de voluntarios, periodistas, policías y oficiales de Naciones Unidas que vinieron a mirar, ayudar y ocupar. Dos años más tarde, el club se repobló también con otras 42 dominicanas, de Santo Domingo y Santiago, dispuestas a complacer a los hombres que, como ellas, vinieron a Haití a servir. Giorgio lo cuenta todo, el horror y la fortuna, sentado en el borde de la silla, en su oficina del Club Saxo. Cuenta y sigue contando los billetes de cincuenta y cien dólares que ha facturado el burdel esta noche de jueves de octubre de 2011, luego de que Dios y su terremoto bendijeron al negocio.

Ay, papi, dámelo entero / un beso tuyo / es lo que quiero. / Yo quiero sentir entero tu calor.

En la pista de baile, ocho hombres rubios, de caderas torpes inclinadas hacia adelante, juegan a seguir el ritmo de seis pares de nalgas mulatas ceñidas en breves faldas de lycra —de cebras, de puntos, de leopardo— que a cada verso de reguetón se aprietan, se sueltan y se sacuden. Sobre la tarima cuadrada, Jennifer cuelga del tubo de acero inoxidable que acaba en el techo: aferrada a la barra con la mano derecha, gira, toma impulso, se engancha con la pierna izquierda hasta donde le alcanza el vestido rojo y sigue girando hasta que, despacio, se deja caer. Tres compañeras la miran a través del espejo que está al fondo del escenario, mientras repasan con la punta de los dedos el arco de sus cejas, la comisura de sus labios, la línea de su escote. En una de las diez mesas, pegadas a las paredes verde botella, hay cinco asiáticos que intentan abarcar con manos pequeñas los formidables muslos de cinco mujeres, posadas sobre sus piernas. Cuatro mesoneros haitianos —camisa blanca de puños y corbatín negro— zigzaguean entre las bailarinas, las mesas y los clientes, cargando bandejas repletas de vasos y botellas de whisky, ron y cerveza, y se pierden, de regreso a la barra, entre el humo coloreado por las luces rojas y verdes de neón.

Yo lo que quiero es que me des lo que me gusta / que me lleves a la cama y que te luzcas / que me hagas vivir, que me hagas sentir / que me lleves / a las altura-as / Ay, papi...

En el ciberespacio —XDEstination.com, LbGoHotO.com, SynergHaiti.org— el Club Saxo ha sido descrito como uno de los *nightclubs* más exclusivos de todo el departamento haitiano de l'Ouest. En vivo, la fachada es una pared azul descascarada, rodeada de basura y hedionda a orín, y acaba en un portón plomo de dos hojas lisas de chapa, que no deja ver hacia el interior de la propiedad y se entreabre de lunes a domingo, entre las ocho de la noche y las siete de la mañana. Solo las mujeres pagan entrada: 500 gourdes o 13 dólares. Tres policías haitianos, uniformados de pantalón azul marino y camisa beige con insignias, vigilan que no se cometa adentro otro delito que no sea la prostitución, prohibida por las leyes haitianas y por los reglamentos para funcionarios, soldados y policías de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití. Dos de los agentes reciben a los clientes con una requisa. El tercero pone a buen resguardo los cascarones de las pistolas de quienes llegan armados y les entregan a cambio una ficha con el número del *locker* donde fue depositada su Glock, su Bersa, su Luger. Los cargadores con las balas pasan libres, en los bolsillos de los clientes. En Haití, la mayoría de armas de reglamento —de la Policía Nacional, de Policía de la Minustah— son semiautomáticas, como las que están guardadas en los *lockers* del Saxo.

Vamos / a donde sea / que yo estoy loco por / darte tu pela. / Tú estás clara de lo que / te espera. / Este es el trío, el reguetón / pal que le guste el vacilón / el vacilón.

Giorgio es un negro delgado, poco más de 1,60 de estatura, 31 años. Malamente divorciado de una venezolana que lo dejó por un jamaicano maltratador, sin hijos. De nacionalidad haitiano, repatriado de Canadá hace cinco años por su voluntad, habla español, inglés y francés con soltura. De profesión comerciante, durante el día vende perfumes, cosméticos, cristalería y carteras de piel en el almacén El Águila, del número 26 de la Rue Lamarre. Por las noches alquila mujeres y administra el Club Saxo, en el número 30 de la rue Rigaud de Pétiion Ville.

Acepta pedidos para llevar. «No le mandamos niñas a cualquiera. Tenemos un grupo de clientes de confianza, gente de clase. Nunca ha habido casos de mujeres golpeadas: los clientes aquí las tratan mejor que en República Dominicana. Y ellas ganan más plata», dice Giorgio.

La oficina de Giorgio es un cubículo rectangular, de paredes negras, que separa el salón de baile, la barra y los baños, de un solar de veinte puertas, que son las habitaciones de las chicas y su lugar de trabajo. En una repisa, sobre el escritorio, están los libros donde Giorgio anota cada semana cuánto dinero ha hecho cada una de sus mujeres. «Mira acá: Muñeca, por ejemplo, hizo 2.680 dólares la quincena pasada. Lo bueno es que ella no tiene vicios y manda lo que gana, casi completo, a su familia en República Dominicana». El Club Saxo maneja dos tarifas: el cliente paga 120 dólares si utiliza una de las habitaciones del local, noventa son para la chica y treinta para la administración. Si el servicio es para llevar, cuesta 150 dólares, cien para la chica y cincuenta para el local. Si alguna de las muchachas pelea con un cliente, el cliente tiene la opción de llevarse otra. Si en la pelea ella tenía la razón, no pasa nada; si la razón la tiene el cliente, ella debe pagar una multa de cincuenta dólares.

En la tarjeta de presentación que Giorgio entrega a los amigos y a esos «clientes de confianza», figura su nombre verdadero (F.G.), el cargo que ocupa en el almacén El Águila («Presidente»), un número celular de Haití y un número local

Desde el momento en que la tierra se abrió, brotaron de todas partes las organizaciones de samaritanos, de evangélicos, de electricistas, de científicos, de almas bien intencionadas que prometían curar a los heridos con solo posar energía sobre sus cabezas...

dominicano, de Santiago. En Santiago de los Caballeros, capital de una de las 31 provincias de República Dominicana, destruida en 1562 por un terremoto, se libró la batalla que dio a los dominicanos su independencia de Haití en 1844. La mayoría de las dominicanas que trabajan en el Club Saxo nacieron allí.

Yo lo que quiero es que tú me des un beso / que me lleves a un viaje sin regreso / que me des pasión / que me des calor / que me lleves a la locura / Ay, papi...

Cuando una chica en Santiago acepta el pacto de cruzar la frontera debe firmar un contrato en español que dice: «Yo, fulana, me comprometo a prestar mis servicios como bailarina en el Club Saxo durante un mes. De lo contrario, entregaré al Club Saxo una compensación de U\$ 1.500», firma: nombre verdadero de la chica. «Nos encargamos de todo: a las que no tienen pasaporte, se lo sacamos. Pagamos hasta 200 dólares por el viaje hasta aquí», dice Giorgio. Viajan en autobús y durante los primeros días de trabajo deben entregar todo lo que ganan para pagar su boleto y sus gastos de alimentación.

Los contratos firmados se guardan bajo llave, en el mismo mueble y gaveta de la oficina de Giorgio donde están los pasaportes dominicanos de las 42 chicas que trabajan en el burdel; donde están encerrados, hasta su regreso a casa, los nombres verdaderos de todas. En el margen izquierdo de cada documento hay un logotipo: silueta de culo a cabeza de bailarina erótica, enmarcada por las palabras Club Saxo y el nombre de la comuna: «Pechion bill». Giorgio muestra el papel y se avergüenza: «Sí, está mal escrito. Pero no lo escribí yo, fue el sirio». «El sirio» es el dueño verdadero del local, que nunca pinta por allí. ■